

Sebastian Faber: *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War. Hispanophilia, Commitment, and Discipline.* New York: Palgrave MacMillan 2008, X + 278 S.

Con su último libro, *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War. Hispanophilia, Commitment, and Discipline*, el profesor holandés Sebastian Faber ha abordado una parcela de investigación hasta ahora prácticamente sin desbrozar, como es el análisis de la historia institucional de los estudios hispánicos, en este caso circunscrito al ámbito anglófono.

Faber, según expone en la introductoria parte I, «Hispanophilia, Commitment, and Discipline», considera que existen tres imperativos intelectuales y emocionales operantes en el campo del hispanismo: la «disciplina» de la práctica académica (con sus exigencias de objetividad, limitación a la especialidad, etc.); el «compromiso» del hispanista con determinadas convicciones morales y políticas; y, punto el más ambiguo, su «hispanofilia», es decir, su actitud afectiva respecto a España. Combinando «the institutional dimension with intellectual biography», Faber presenta las trayectorias de dos autores estadounidenses y dos británicos, que muestran de manera ejemplar las tensiones que la guerra civil supuso para la evolución del hispanismo como disciplina académica en el mundo anglosajón.

La segunda parte, «Watching Our Tongues, Pens, and Affiliations: American Hispanism and the Spanish Civil War», aborda la peculiar conformación del campo académico norteamericano, definido por un extremo apoliticismo que, sumado a las circunstancias de política exterior haría muy difícil el tratamiento de la realidad española y llevaría, en fin de cuentas, a un empobrecimiento de la investigación sobre la España contemporánea, y a una aceptación tácita del *status quo* franquista por la mayoría de los hispanistas norteamericanos.

Los dos capítulos biográficos que siguen ilustran claramente esta situación. Herbert

Rutledge Southworth, autor de obras como *El mito de la cruzada de Franco* (1963) o *Antifalange* (1967), donde, armado de la erudición conseguida en tres décadas de estudio, desenmascaraba minuciosamente la falsedad de los mitos fundamentales del franquismo y de la Falange, escribió para responder a sendos opúsculos de autores franquistas, lo cual muestra que la obra de Southworth, aislado y sin apoyo institucional, fue «fundamentally reactive in nature», pero que sólo pudo surgir precisamente gracias a este alejamiento del ámbito académico ya que, como se lamentaría el historiador norteamericano en sus últimos años, «an academic career for someone truly leftist [...] was in my time, almost impossible in the United States, for purely political reasons».

Esta imposibilidad la sufrió directamente el protagonista del siguiente capítulo, «Paul Patrick Rogers: Frustrations of a Radical Hispanist», donde se narra la trayectoria de este profesor, inusualmente comprometido con la causa antifascista (fue el único hispanista norteamericano que visitó España durante la guerra civil) y que abandonaría bruscamente su actividad política al percatarse de que el FBI andaba tras sus pasos. Su abundante labor académica a partir de entonces no muestra ninguna huella de sus ideas políticas, que sólo podía compartir con algunos camaradas y, especialmente, con los exiliados republicanos españoles que encontraba en sus frecuentes viajes a México. Rogers, que sería «a lifelong leftist» debería llevar una doble vida, separando cuidadosamente su labor académica de sus ideas políticas, lo cual, según Faber, resultó en un empobrecimiento de su obra.

La tercera parte del libro trata las repercusiones de la guerra civil española sobre el hispanismo británico, ejemplificado con dos trayectorias divergentes. En primer lugar, se narra la complicada biografía de E. Allison Peers, uno de los mayores promotores de los estudios hispánicos en Gran Bretaña, quien durante la guerra civil usaría su prestigio como hispanista para hacer la apología

de los militares sublevados. Peers, muy activo en el fomento de las relaciones culturales anglohispanas, sufriría tras la guerra un grave desengaño ante la actitud filonazi del régimen franquista, hasta el punto de renegar de sus anteriores afirmaciones y apostar por un regreso de la democracia.

En el capítulo siguiente se narra el recorrido vital de Gerald Brenan, sorprendido por la guerra civil en su casa de la costa malagueña, y al que la indignación ante las falsas acusaciones a los republicanos españoles le proporcionó la energía para escribir *The Spanish Labyrinth* (1943), obra que supuso un cambio de paradigma en el hispanismo británico al pasar de explicar los acontecimientos por el «carácter nacional» a buscar las razones históricas, económicas y socio-culturales. La peculiar combinación entre su amor a España, su compromiso con la República y el rigor académico que se impuso este autodidacta hizo posible una obra cuyo nivel no volvería a alcanzar en obras posteriores. Brenan, que durante algunos años siguió apoyando la causa republicana, comenzó a aceptar el régimen de Franco cuando vio que era necesario para regresar a España. Curiosamente, la traducción al español de *El laberinto español* en 1962 convertiría en un icono antifranquista a quien, desde hacía varios años, se había reconciliado con la dictadura y vivía tranquilamente en su casa andaluza. Faber explica las reacciones de ambos autores por las específicas razones de sus respectivas «hispanophilias». Si Allison Peers sólo podía concebir España como un país esencialmente católico y anclado en su tradición, lo cual desde el principio le hizo mirar con suspicacia a los republicanos, Brenan estuvo igualmente condicionado por una imagen idealizada, romántica del pueblo español, caracterizado por su sencillez, austeridad y autenticidad, una imagen que sólo pudo superar gracias al compromiso político y al rigor académico que se impuso al escribir el *Labyrinth*, pero en la que volvió a caer en libros posteriores. En ambos autores, la fascinación por España se explica, en gran parte, por su

rechazo a la sociedad británica, vista como demasiado pragmática y poco espiritual.

En el penúltimo capítulo, «British Hispanists and the Curse of Conservatism», se explica cómo el hispanismo británico, hasta tiempos recientes, estuvo condicionado por el hecho de que sus mayores impulsores fueron generalmente profesores de disposición muy conservadora, como el propio Peers, o Alexander A. Parker, experto en el barroco español, cuya «hispanophilia» estaba basada en una visión de España como nación opuesta a Inglaterra, cuya grandeza residía en su religiosidad y su rechazo al progreso. En cambio, frente al tradicionalismo de los estudiosos de la literatura, los historiadores británicos sí pudieron hacer una contribución sustancial al conocimiento de la historia española contemporánea. Los libros sobre la guerra civil y el franquismo de Raymond Carr, Hugh Thomas o Paul Preston, vinieron a convertirse en obras de referencia para los jóvenes historiadores españoles, llenando el vacío que la censura española imponía sobre la historiografía contemporánea.

En su último capítulo, «Conclusion: Legitimacy and Spanish Civil War Discourse», Faber recapitula algunos de sus argumentos principales: Primero, hasta tiempos recientes, tanto la genealogía como el general apolitismo de las universidades norteamericanas y británicas eran más favorables a quienes profesaban una ideología conservadora. Esto hizo que algunos de los mayores especialistas sobre la España contemporánea surgieran «outside the protective, and restrictive, walls of the university». Por otra parte, la naturaleza de la «hispanophilia» de cada estudioso de la cultura española explica, en muchos casos, su toma de posición ante acontecimientos como la guerra civil y el franquismo.

En definitiva, la obra de Faber aporta numerosas incitaciones para investigar y cuestionar, en un giro reflexivo, los fundamentos y límites de los estudios hispánicos en los sistemas académicos nacionales.

Mario Martín Gijón, Brno